



• GABRIEL VELÁZQUEZ (*)

Santos y Unamuno

HACE unos días me acerqué al Patio de Escuelas Menores para ver una muestra del legado del doctor don Luis Santos. Me di un paseo por el claustro mientras llovía a chaparrones. Al fondo, flotaban las cúpulas de la Catedral. A las cinco de la tarde bajé unos escalones y entré en la exposición. Giré a la izquierda y me encontré con unas fotografías familiares de su juventud, allá por los años 40 del siglo pasado. Mi corazón empezó a latir y a soñar. En una de las fotos aparecía Carmina Unamuno (nieta de don Miguel de Unamuno) en sus tiempos universitarios. Entre muchas otras emociones, vino a mi imaginación la magia que debía irradiar don Luis para conquistar a una joven estudiante de filosofía y letras, con aire de neorealismo italiano y tan guapa como Ingrid Bergman.

Don Luis era todo un personaje. Uno de nuestros últimos eruditos. Profesor emérito de la Universidad de Salamanca, profesor de anatomía, traumatólogo, pintor, escritor, artesano, artista, humanista, inventor, mecenas, padre de nueve hijos y amante de su mujer. Siempre pegado a su cartera de cuero usado y con un aspecto cuidado de profesor chiflado. Genial en cada materia que emprendía. Sus clases en la facultad de Medicina eran espectaculares. Nunca utilizaba diapositivas. Pintaba el cuerpo humano a dos manos y con varias tizas de colores a la vez. Sus osados planteamientos hacían que alumnos de otras facultades se pasasen por su aula para disfrutar de sus ingeniosas ocurrencias y de esa forma tan especial de transmitir sus conocimientos.

Al fallecer, en la despedida de don Luis, su hijo Luismi comentaba cariñosamente que con los años se había llegado a mimetizar con el mismísimo Unamuno. Pero también recordaba que tenía la suficiente personalidad para ser un planeta propio.

Ahora estamos recordando a don Miguel en el filme *Mientras dure la guerra*. Al respecto, he leído todo tipo de críticas de la película. De uno y otro lado. Te puede gustar más o menos, pero nadie puede negar que un bravo Amenábar ha conseguido que la enésima película sobre la guerra civil haya sido líder en la taquilla española. Como decía el propio Unamuno, "El modo de dar una vez en el clavo es dar cien veces en la herradura". Personalmente me encanta que quede perpetuado uno de los genios universales de nuestra literatura y que sus reflexiones vengan tan a cuento en estos días. Además, Salamanca sale bien bonita.

Don Luis fue la primera persona que me enseñó el truco de quitarse los dedos y volvérselos a pegar. Cuando me lo encontraba en el ascensor siempre me lo hacía. Luego me invitaba a su casa para hacerme trucos de magia. Yo iba alucinado recorriendo los pasillos, siempre llenos de muchacheria. Su despacho estaba lleno de esqueletos y armazones del cuerpo humano que me producían asombro y curiosidad. Miedo nunca. Y eso que soy un cagueta. Algunos eran reproducciones de los músculos. Otros de las arterias y las venas. Y por supuesto no faltaban los huesos por todos los lados. Recuerdo unos bustos de bronce de la figura de Unamuno junto a unos cráneos como los de Hamlet. Quizás hablaban en inglés sobre Shakespeare en su intimidad.

Luis Santos, de pequeño, obsesionado con las máquinas, soñaba con ser ingeniero o arquitecto. Pero descubrió la máquina más perfecta que pueda existir. El cuerpo humano. Y entonces se hizo médico. Añadió su ingenio y su particular sentido del humor. Y descubrió al ser humano. Esa era su manera de ver el mundo, y su forma de ser. Entonces nació el "Santismo".

Tenía claro que llegar a ser un *genio* y descubrir los gors universales, estaba al alcance de muy pocos. Él se

En su casa siempre había jaleo. Eternas voces de chavalería, alguna bronca de don Luis y por supuesto, risas. Con nueve muchachos, uno se puede imaginar. En la ventana contigua de la fachada era donde sus hijos ponían la música a tope

divertía jugando con el *ingenio*, que mostraba inventando divertidos artilugios en forma de máquinas o cuadros-esculturas. De manera guasona a veces llamaba *chismes* a sus creaciones. Y hasta *minibodrios*.

Con su ingenio y con su humor, conquistó el "Eurekaismo". "Algo a lo que se llega con nada de genio, una pizca de ingenio,

dentro de un cómic de Tintín pero en celuloide de 8mm en blanco y negro. Como si fuese el profesor Tornasol, don Luis me daba vueltas por la plaza de los Bandos con su Lambretta Li-150. La moto hacía un ruido setentero. Parecía destartada. Nada más lejos de la realidad. Él mismo la había decorado despojándola del carenado; dejándola en el chasis. Permitiendo a la vista todos los mecanismos, como si del cuerpo humano se tratase. Las distintas partes del motor eran sus pulmones y su corazón. Las distintas partes del esqueleto, sus músculos y huesos. Y los cables de los frenos, sus arterias. Así quiero imaginarme yo sus intenciones. Le había añadido un asiento de cuero enterizo para llevar a Carmina y unas reposaderas de contrachapado para que descansasen mejor los pies. Un auténtico y particular cagarro. Como una escúter del movimiento mod de los 60, pero pasada por el "Santismo". O sea, desnuda. Casi todo lo contrario. Quizás esta moto sea un resumen de su energía artística y vital.

Para ilustrarlo, os muestro un collage elaborado por Manuel García, el director de fotografía de mis últimas películas. Está hecho con una caricatura del Doctor Santos dibujada por Miguel Ángel Camacho y una foto de la auténtica Lambretta 150-Li-1964 "tuneada" por el propio don Luis.

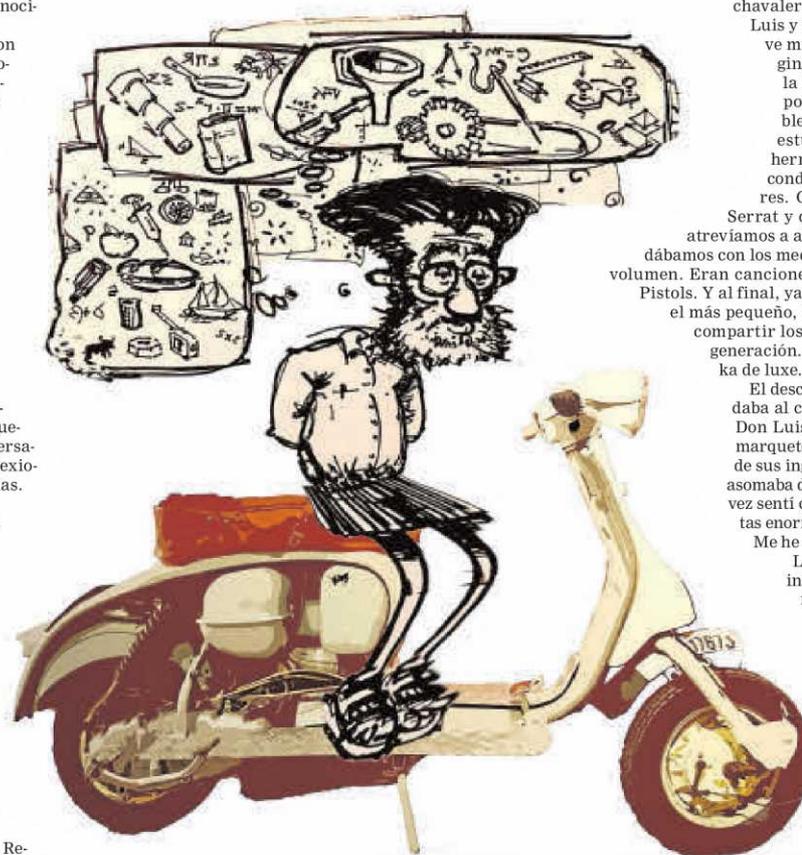
Bendito ruido. Éramos vecinos en el segundo piso del número 2 la calle Brocense. En su casa siempre había jaleo. Eternas voces de chavalería, alguna bronca de Don Luis y por supuesto, risas. Con nueve muchachos, uno se puede imaginar. En la ventana contigua de la fachada era donde sus hijos ponían la música a tope. Posiblemente cuando sus padres no estuviesen. Al principio mis hermanas y yo escuchábamos escondidos lo que ponían los mayores. Creo que eran canciones de Serrat y de ese estilo. Más tarde, nos atrevíamos a abrir las ventanas y nos saludábamos con los medianos. Ahí sí que se subía el volumen. Eran canciones de los Ramones y los Sex Pistols. Y al final, ya en los años 80, con Carlitos, el más pequeño, íbamos de casa en casa para compartir los discos de vinilo de nuestra generación. Desde The Smiths hasta Kaka de luxe. Música y santo ruido.

El descansillo de la escalera trasera daba al cuarto de calderas y basuras. Don Luis tenía un pequeño taller de marquetería donde fabricaba algunos de sus ingeniosos artefactos. Yo no me asomaba demasiado a esa escalera. Una vez sentí que me miraban un par de ratas enormes con el rabo interminable. Me he soñado con ellas toda la vida.

La terraza trasera servía para intercambiar víveres entre nuestras familias, como si fuesen de estraperlo. Recuerdo los bocatas que me preparaba Carmina cuando me pasaba por su casa y me veía con cara de hambre. Mi padre, que era cazador, nunca se olvidaba de llevarles un par de liebres los domingos por la noche. Y mi madre, que era, y es, una gran maestra de las matanzas artesanales, siempre les daba algunos chorizos que ella misma curaba en la terraza. A mi ese olor a caza me sigue haciendo revolver las tripas, pero al embutido de nuestra tierra le doy con alegría. Me recuerda el amor de esa "santa" casa.

Como conclusión diré que don Miguel, don Luis y toda la familia Santos-Unamuno han sido parte importante de la historia de Salamanca. Y también de mi infancia. Y ahora que tengo una edad, también de mi vida.

* Productor y director de cine



bastante suerte y no poca osadía". Don Luis era un auténtico auto crítico que se apoyaba en sus conocimientos y se permitía criticar a los que se convierten en intelectuales llenos de aburrimiento y vacíos de riesgo. Y también a los incapaces que se escudan en la Vanguardia para hacer un arte presuntuoso, cuando el Arte es mucho más que eso".

A su moto la llamaba Carleta. Con ella iba a dar clase todos los días. Tengo una imagen grabada en mi memoria (analogicamente) cuando yo era niño. Me veo